

LOS ARTISTAS Y ESCRITORES NOS REALIZAMOS GRACIAS AL PUEBLO; EN, POR Y PARA EL PUEBLO

Los problemas de la intelectualidad creadora y su integración al movimiento revolucionario, estuvieron vivamente planteados en el XIX Congreso del Partido Comunista que acaba de clausurarse. En pocas ocasiones estos temas estuvieron promovidos a tan alto nivel. Desde el inicio inicial del compañero Rodolfo Arias, se adelantaron un conjunto de valiosas opiniones, que suponen una sistematización muy importante y un punto de partida fecundo para abundar en las diversas vertientes del problema. Luego, por la tribuna del Congreso, disertaron algunos de los más importantes creadores de la cultura nacional en sus distintas esferas, como el escritor y pedagogo Jesualdo, el novelista Alfredo Gravina, el escritor Armando González, el pintor Anselmo Fernández, el actor Eduardo Pious, los educadores Carmen Garavito, Luis Silva, Ana Tegepá y otros. Los diversos editores publicaron las intervenciones de algunos de estos compañeros, que suponen enfoques originales con aristas polémicas, de la importante cuestión en debate.

CAMARADAS delegados fraternales de los Partidos hermanos, camaradas uruguayos: Vamos a discutir esta intervención al tópico de la creación literaria y artística. Va que en el informe del compañero Arias, y también en el del compañero Masera— se concede particular atención a los problemas de los intelectuales. Máximamente, en momentos como los actuales, que se singularizan por la variedad y riqueza de los medios, los instrumentos de lucha del Partido. Y la creación, pese a su naturaleza compleja y sutil, no está fuera de ese vasto y multiforme campo mágnetico.

Las tareas de los escritores y artistas, aparte de la militancia práctica en otros terrenos, la búsqueda, el deslinde, el ensanchamiento de los canales de la militancia intelectual, a fin de acrecentar la influencia de nuestras ideas en las masas trabajadoras, es el pueblo.

Esto puede resultar delectante a quienes no tienen la misma concepción del arte que nosotros y suelen postular para el artista una libertad sin límites—por fuerza asustadora—, entendiendo muchas veces como una especie de superioridad del artista frente al Pueblo y el medio ambiente. Nosotros—eternos contaminados por la "praxis"—seguimos pensando, con Engels, que libertad es conciencia de necesidad y no un acto de voluntarismo metafísico, por más honesto que este sea; del mismo modo que pensamos que la literatura y el arte, a despecho de toda su complejidad y particularidad, son fenómenos de la superestructura social y creaciones, en última instancia, del pueblo: artistas y escritores nos realizamos gracias al pueblo en, por y para el pueblo.

Eso no es una frase. El artista nace, cierto, pero es inútil que nazca si no se hace en la sociedad. El supremo creador de cultura, en la acepción más amplia del término es el pueblo. En su seno vive el artista las tradiciones culturales que le sirven de peana y apoyo, comprende el valor del trabajo social, se impregna de las asencias del combate elementales: todo esto que coadyuvarán poderosamente en la formación de su mentalidad y su sensibilidad artística y humana.

Siendo así, como parte integrante del pueblo, consustanciándose con sus aspiraciones y esperanzas, gozándose con sus dolores y alegrándose con sus alegrías, el creador de arte está en condiciones de revertirse hacia el pueblo, vale decir, de insuflar en su obra la savia humanista, progresista, revolucionaria, capaz de ayudar al pueblo en su gesta de resaca histórica y edificación del porvenir.

Por supuesto, si es para nosotros, no ya un deber—que lo es—sino una tarea natural, ineludable emanada de nuestra propia vocación y el participar en el proceso de educación del pueblo, de desalienación de las masas explotadas y marginadas, no pareciera exagerado ni caprichoso el hecho de que procuremos ampararnos en la ciencia del marxismo-leninismo, cuya teoría y cuya práctica en manos del proletariado, han ramificado y siguen caminando el mundo a una velocidad vertiginosa. No puede extrañar nuestra búsqueda conciente de un arte y una literatura de esencia democrática, de fracción crítica, de entraña revolucionaria. Hace

bastante un siglo, Eduardo Acevedo Díaz, nuestro gran novelista y hombre público, que no era un comunista, definió la gran poesía como aquella que, partiendo del mayor progreso alcanzado, desde sus alas marca el mayor progreso posible.

¿Puede asimilar, entonces, que nosotros anteojemos el optimismo histórico propio del marxismo en la captación de la realidad de nuestro país y nuestro tiempo, realidad envuelta de pedregos, de dolores contrastes, pero anunciadora de inevitables transformaciones de la estructura material y espiritual de la sociedad?

No, no puede extrañar que estimemos promuevas y dignas de aliento las obras en las que el creador, en el caso del arte, en el caso de la literatura, en el caso de la música, opera con espíritu democrático, con espíritu de progreso y, más que mejor, con espíritu de Partido. Espíritu de Partido, sí, que no significa por cierto una adecuación servil y forzada del arte a las necesidades y los intereses inmediatos de la clase obrera, sino el resplandor de la conciencia y el coraje comunistas en la obra de arte, la visión profunda mental y cordial a la vez, serena y a la vez, de la realidad, la realidad dinámica, dialéctica, donde la vida fluye plácida y a la vez, donde se cruzan y entrecruzan y combaten los grandes y los pequeños problemas del diario vivir, del diario pelear:

caudales caudalescopio que el marxismo-leninismo nos brinda, mejor que ningún otro método, para manejar con la precisión, la delicadeza, la honradez, la energía y la reverencia a que todo pueblo es acreedor.

Con el respeto que nos merece cualquier otro punto de vista sincero y honrado, creemos que nuestra concepción favorece al creador en el cumplimiento de su cometido y promete a la obra artística la perfección reclamada, no por la vanidad personal de perpetuar un nombre—vanidad que coloca al creador en falsa escuadra ante la historia—pero sí por las necesidades estéticas y educativas del pueblo, sí por la contextualidad cultural que da perfil y sustentáculo a una nación, sí por los ideales de felicidad y grandeza del género humano.

Decir que mucho nos queda por hacer en este sentido, es obvio, es obvio, sería presumioso, porque, en rigor, estamos empeñados, estamos preparando la voz para cantar. Pero no niega conciencia de esta debilidad, de este retraso, lo importante es que hemos echado a andar y que queremos cantar. Permitamos este sin duda histórico Consejo, un breve repaso respecto de nuestros preparativos.

Por algunos ejemplos en la narrativa uruguaya de nuestros compañeros por reflejar con una



óptica marxista las realidades del medio rural y urbano. La poesía principia a adquirir con pujante espíritu crítico y nuevo y audaces contenidos contra los vicios de una sociedad decrépita y canta a los héroes de Cuba, Santo Domingo, Valparaíso y otros pueblos. No faltan quienes, en la música, se inspiran en géneros, motivos populares, nacionales y americanos. En el teatro independiente—uno de los más importantes movimientos culturales de las últimas dos décadas—se acentúa la corriente por la creación de una dramaturgia moderna y afinada en la problemática nacional y popular. La reivindicación de nuestro folklore y la tendencia al contenido revolucionario en la letra de las canciones, se inscriben también en todo ese proceso ascensional.

¿Cómo incentivar ese proceso? Pensamos francamente que el estudio y la asimilación del materialismo dialéctico e histórico y su contrainformación práctica en las filas del Partido de los trabajadores—es decir, la participación masiva en la lucha social, en los multitudinarios conflictos populares—constituyen, si no una caución a prueba de fuego, un deterrente justo y firme, un agudo freno contra la tentación que los desentusiasmos imperialistas y oligarquicos reservan a la intelectualidad de nuestros países, un verdadero manantial de energía y juicio creadores.